





LOS

MARTIRES

DEL JAPON

BR1608

.J3

B6

C.1

272



1080047050

E # 4 E # 9 4

~~2009~~

272

LOS  
DOSCIENTOS CINCO  
MARTIRES DEL JAPON.

RELACION  
DE LA GLORIOSA MUERTE DE LOS MARTIRES,  
BEATIFICADOS  
POR EL SUMO PONTIFICE PIO IX,  
EL DIA 7 DE JULIO DE 1867.

Escrita por el R. P. Boero de la Compañía de Jesus,  
y traducida del francés al español, por el R. P. Pablo Antonio  
del Niño Jesus, Carmelita.



MEXICO. *Capilla Alfonsina*  
*Biblioteca Universitaria*

Imprenta de J. M. Lara, calle de la Palma núm. 4.

1869.

58621

DEL ESTADO DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA PUBLICA

BR 1608  
13  
B6



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

J. M. J.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

---

El día 7 de Julio del año de 1867, el inmortal y célebre Pontífice Pio IX, agregó al catálogo de los bienaventurados á doscientos cinco ilustres católicos, que por la confesion pública de su fé, hace dos siglos fueron martirizados y murieron heroicamente en el Japon. El Breve, en que Su Santidad anuncia al órbe católico esta nueva de grande gozo, fué publicado solemnemente en dicho día, con toda la pompa y majestad acostumbrada por la Iglesia Romana, en actos tan remarcables é importantes. Una copia fiel y verdadera se hallará al fin de esta ligera historia, imprimiéndole el sello de la autenticidad.

¿Qué significa hoy día este acontecimiento? ¿Qué bienes se derivan de él para la sociedad en general? ¿Qué importancia particular puede tener entre nosotros? He aquí tres preguntas que desde luego ocurren, y cuya respuesta será el asunto de mi prólogo. Someramente las satisfare, preparando

de esta suerte los ánimos cristianos, para que lean y mediten con fruto la relacion histórica del triunfo de esos gloriosos mártires, que examinada á la luz de la razon y de la fé, no es otra cosa que la continuacion de esa grande y magnífica epopeya cristiana, que comenzó en Jerusalem en la noble y simpática persona de San Estéban diácono, y que terminará en los remotos tiempos cuya noticia se ha reservado Dios.

La beatificacion de esos doscientos cinco mártires, entre los que se cuentan religiosos, sacerdotes seculares, hombres de gerarquía elevada, delicadas mujeres, ancianos octogenarios de ambos sexos, bizarros jóvenes y hasta niños tiernísimos que apenas tenían conciencia de su propia existencia, es un nuevo é insoluble argumento de la divinidad de la fé católica, que jamas podrán destruir con sus titánicos esfuerzos esas *bellas inteligencias*, que llamándose filósofos, ó deistas, ó racionalistas, se han impuesto la innoble tarea de combatir toda verdad por evidente que sea, y toda doctrina, aun la mas hermosa y humanitaria, con tal que lleve el sello del catolicismo. Y dije, que es un nuevo é insoluble argumento, no porque antes de él no hubiera habido semejante, siendo que desde el sacrificio del glorioso Estéban, nuestros mártires se cuentan por millones; sino porque siempre es grato y consolatorio observar que en estos últimos siglos se renueven los milagros de abnegacion y de heroísmo que inmortalizaron los primitivos de la Iglesia.

Una doctrina que, por espacio de mil ochocientos años, invariablemente ha producido unos mismos efectos en las cinco partes del globo; que ha inspirado un mismo espíritu á hombres de diversas nacionalidades, de diferentes razas, de distintas condiciones y talentos, de costumbres varias, y hasta de intereses encontrados; y que por esa uniforme

inspiracion han sabido sacrificar con gusto cuanto hay de mas querido y grato al corazon; esa doctrina no puede menos que ser verdadera, y única celestial. Que los *filósofos*, que los *protestantes* en sus centuplicadas ramificaciones, que los *racionalistas* en fin, nos presenten un hecho semejante en los fastos de la humanidad, fuera de la Iglesia católica, y con solo esto les concederemos los honores del triunfo. Entre tanto, estamos en nuestro derecho de decir, que se estravian del camino de la verdad; estamos en nuestro derecho de lamentar y de compadecer la ceguedad ó mala fé de los que, despreciando la enseñanza católica, corrompen la sinceridad del lenguaje, desnaturalizan los derechos de la verdad, y cerrando voluntariamente los ojos á la luz esplendorosa de la revelacion, la combaten con injurias, con ódios y cruel persecucion.

He aquí, á mi modo de ver, lo que significa la solemne beatificacion de esos ínclitos héroes, realizada en este siglo tan sensualista como racionalista. La Providencia Divina por medio de la Iglesia Romana, le recuerda que hay un Dios y una sola religion verdadera; le convida al exámen filosófico y concienzudo de la verdad revelada; le invita á volver sobre sus pasos, y á gustar las dulzuras de la civilizacion católica; y por último, le pone en evidencia, porque, ó abraza la fé de la Iglesia Romana declarándose vencido, ó de lo contrario, se consignará en la historia de los siglos, que el *Décimo Nono* no quiso oír, por no verse obligado á obrar bien. ¡Pobre siglo!

Esta conclusion deja ya columbrar los bienes que para la sociedad se derivan de esa solemne beatificacion, tan desatendida de los espíritus superficiales y poco observadores. La sociedad, como los individuos, necesita lecciones, necesita ejemplos, necesita estímulos, recompensas y honores; y la sociedad cris-

tiana, la sociedad civilizada por el Evangelio, recoge todos esos bienes de la declaracion solemne hecha por el grande Pontífice Romano, mediante la cual consignó en los anales de la Iglesia con caracteres mas indelebles que los grabados en el bronce, que doscientos cinco católicos asiáticos, europeos y americanos gozan de la vision beatífica hace mas de dos siglos. Los que murieron generosamente en defensa de la revelacion y del noble ejercicio de la santa libertad humana; los que amaron á la humanidad al extremo de sacrificarse por civilizarla; los que al morir, con la imperturbable serenidad del justo, hicieron temblar á sus verdugos y confundieron á los tiranos opresores de la humanidad, á los enemigos de la verdad, de la libertad y de la civilizacion; sin disputa, merecen bien ser elevados á los santos altares, y dejarse ver desde tan sublime altura como maestros y ejemplos vivos de la sociedad; merecen bien esa recompensa, esa aureola de honor casi divino que ennoblece sus sienes, y que á un mismo tiempo es un estímulo para la virtud, y un consuelo para todos los corazones trabajados por la adversidad, y heridos por la injusticia de los hombres.

Ademas, siendo como es, la pasajera adversidad del justo, y la todavía mas pasajera prosperidad del impío, una palmaria y tremenda demostracion de la vida futura, de esa region eterna, donde se desarrolla en su magnífico conjunto el sistema divino de las penas sin término, y de las recompensas infinitas, la declaracion infalible de la gloria de nuestros santos mártires, angustiados hasta la muerte, viene á levantar el ánimo abatido por la persecucion anticristiana; viene á confirmar á los fieles en la fé de la Iglesia católica; viene en fin, á destruir ese sombrío argumento de la prosperidad de los malvados que aparece insoluble, y que se presenta con fuerza formidable en los momentos crueles en que el dolor

anubla la luz hermosa de nuestra inteligencia. ¿Qué bien mas apreciable que la confirmacion de las grandes verdades religiosas, que regeneran á la sociedad, y le colocan en un sendero que indeclinablemente conduce al fin de su alta institucion?

Diré todavía dos palabras. La glorificacion de los heroicos mártires tiene una importancia de aplicacion particular, á los intereses católicos de México. Tal vez algunos publicistas, tal vez algunos novelistas, ó folletinistas imberbes se burlen de mi apreciacion; esto no me sorprenderá, porque sé muy bien, que á esa clase de sábios, no les es dado computar el valor de aquel grande suceso en sus relaciones religiosas con nuestra sociedad. Pero el hombre de fé, el hombre de ilustrado criterio, que comprende lo que es la solidaridad de los méritos y de las virtudes sociales, el hombre en fin, que haya consagrado algunos momentos de su vida al estudio de la religion y de la filosofía de la historia, confesará que si no han de borrarse de nuestros fastos nacionales los hechos gloriosos de muchos mexicanos, séanlo por adopcion ó por el nacimiento, México siempre se honrará de haber contribuido con las luces, con los tesoros, y con la sangre de sus hijos, á la obra mas bella y mas humanitaria..... la difusion de la verdad, la propaganda de la civilizacion católica.

Pues bien, México, allá en sus remotas épocas de fé, aprontó sus tesoros, armando en los puertos del Océano pacífico bajeles que condujeran á las costas del Asia mil evangelizadores de la paz, de los que ha dicho un sabio, "que sin romper ninguno de los vínculos con que plugó á la Divina Providencia ligar al hombre al suelo que le vió nacer, y respetando religiosamente todas las condiciones que fundan la nacionalidad y la patria, al predicar el Evangelio, iban á enlazar al Nuevo Mundo

“con su cuna, dejando en pos de sí nuevos caminos  
“abiertos al cambio de las producciones y de la in-  
“dustria; preparando de esta suerte para un porve-  
“nir mas ó menos lejano, el terreno á las transac-  
“ciones políticas y comerciales que ligan y unifican  
“los intereses de la humanidad.”

Quince de esos nobles apóstoles (después del pro-  
tomártir mexicano Felipe de Jesus, que años atrás  
les habia señalado el camino de la inmortalidad)  
pueden llamarse hijos de la patria, aunque no todos  
hayan nacido en México. Si los bienaventurados  
Bartolomé Gutierrez y Bartolomé Laurel, franciscano  
éste, y agustiniano aquel; nacieron entre nosotros,  
y la primera luz que vieron, fué la misma  
hermosísima que nosotros vimos, los trece restantes  
vivieron en nuestras ciudades, recorrieron nuestras  
calles y nuestros caminos, nos enseñaron su doctrina,  
nos edificaron con sus ejemplos, y entonces como  
hoy, nos hicieron participantes de su gloria. Nacieron  
en Europa, pero sus virtudes se desarrollaron en  
México, y amaron á esta patria, siquiera como el  
valiente veterano ama al suelo en que lució sus  
armas y conquistó su honor. Esto, ¿significa algo?  
¿tiene algun valor digno de la estimacion de los  
hombres que aman la verdad y admiran la virtud?

Si los altos honores del culto decretados en favor  
de estos héroes, si las virtudes teológicas, morales,  
y sociales de que son bellissimo modelo, si el acceso  
fácil que por sus grandes méritos, tienen ante la  
Majestad de Dios, no son palabras vanas, ni hechos  
sin relacion alguna con la sociedad, ni creencias  
destituidas de fundamento sólido, México como na-  
cion católica, y como patria de los ínclitos mártires,  
debe estar santamente enorgullecida de poder  
presentar en su historia, un número considerable de  
sus hijos, que honrándole sobre todos lo que hon-

rarle pudieran, cuidarán además de sus destinos re-  
ligiosos en la presencia del Señor.

Este interés, el principal y mas noble á la vez  
para todo católico, inspiró el saludable designio de  
publicar los interesantes pormenores de su gran sa-  
crificio, y de renovar la memoria de sus virtudes y  
su fé; y para esto además de las noticias que nos  
suministra el honorable escritor europeo en su com-  
pendio histórico, cuya traduccion ofrezco al públi-  
co cristiano, en un apéndice ligero añadiré muchas  
otras dignas de estimacion é ignoradas casi gene-  
ralmente hasta hoy.

Escribiré con verdad, porque mis datos son au-  
ténticos, pero con timidez, porque me asiste la con-  
ciencia de no poseer los dotes de escritor; escribiré  
con tristeza, porque la filosofía de la historia me  
obliga á parangonar tiempos con tiempos, pero esto  
no impedirá que escriba con satisfaccion muy cum-  
plida, porque, séame lícito decirlo, mi corazón ca-  
tólico, mi corazón mexicano, se entusiasma con los  
triumfos del Evangelio, y con las positivas glorias  
de su patria. ¡Qué Dios bendiga y fecunde mi pe-  
queño trabajo para bien de la Iglesia de México!

*Doña Antonia del Niño Jesus,*

*Carmelita.*